

La truchona (o de lectura por el Escubiello) (SantyTC / 12-11-02)

Desocupado lector o pescador: Como alguno de nosotros no sólo tenemos la fortuna de tener trabajo (lo que no es poco lujo en estos menguados tiempos de la España que tan bien dicen que va) sino que además trabajamos (lo que para la rancia hidalguía que nos aplasta no es poca desgracia), sólo de Pascuas a Ramos tenemos la oportunidad de chapuzar en el Escubiello para ver qué podemos leer o pescar.

Por supuesto, que los que sabemos de la esencia vedada de tal actividad, siempre sacamos alguna trucha, aunque casi nunca lo publiquemos a los cuatro vientos. Pero de vez en cuando no está de más agradecerlos a todos los participantes asiduos del Escubiello el que nos pongáis las truchas a huevo, es decir que nos mantengáis informados.

Bien es verdad que entre tanta trucha hay multitud de tolijinas que no dan la talla, e incluso hay ocasiones en que tocas un sapo, te engancha un cangrejo, te da repelús el tacto de una culebra o sientes el mordisco de una rata que se escabulle anónimamente por vergüenza, por cobardía, o por miedo. Pero eso son riesgos de la lectura y de la pesca, si bien es cierto que sapos, ratas y culebras son en verdad raras excepciones en el Escubiello. Si alguna hay de tales alimañas suele esconderse a lo cimero a la izquierda (o derecha, según se mire) entre raíces podridas, turbios remolinos y fundamentalista maleza. Lo que más abunda en nuestro pozo de baño son las tolijas que, aunque no quitan el hambre, son las más sabrosas entre las hadas del río. Espero que no se os indijeste esta truchona que os adjunto y que trataré de adobar como mejor pueda y sepa, aunque, dado lo insípido de las truchas grandes, lo mejor será que tú mismo la adereces a tu gusto o, si se te atraganta, la tires de inmediato a la basura o a las culebras.

Bonnie, Jenny y el que suscribe pasamos por Las Salas la semana pasada, cuando su soledad hace a nuestro pueblo más prístino, comunicativo, atractivo y provechoso. Pudimos disfrutar de la bella decoración en madera noble de la casa de Pepín así como del avance de la guapa teja tradicional frente a la horripilante y utilitaria uralita; cortamos el césped agradecido al otoñal agua, en verano esperpénticamente ausente de nuestro vergel; nos deslomamos cortando escobas, subiendo leña y sajando el rosal (¡qué descansada vida la que huye del mundanal ruido!); echamos un chinchón en el Jaido con la ayuda obligada de Miguel el de Remolina a quien hinchábamos la cabeza con nuestra falta de pericia con el naípe; charlamos con los visitantes de Madrid (Ignacio y amigos) y de Vitoria (Amelia y familia), lo que no habíamos podido hacer en la ajetreada vida (¿vida?) de la capital española o en nuestro viaje a la capital vasca; gustamos de los manjares de Enedina en Las Pintas y de Loli la de Horcadás; nos empelingamos por Valdelasna hasta la Villa Caballar para dejarnos caer por los Pozos y la Mata la Cortina entre cabras, caballos y vacas, (¡oh pastoril paz!) y un par de mastines que nos pusieron los pelos de punta y los pies en polvorosa debajo Matas Calientes. Intercambiamos pareceres con los oriundos de siempre que sin duda muestran en tal estado de tranquilidad su más auténtica oriundez (Pepe y Manuela, Nati, Mele, Jandro, Baltasar y Carmen, Manuela, Piano, Serafin, Quique Sonia y David, Ana Rosa, Solutor, Clari, Pedro y Belén).

Pero este fin de semana de San Martín, me he tenido que ir por tierras del Quijote para mostrar a mis aventajados estudiantes, que ya llevan a Las Salas en el corazón, los aspectos de nuestra cultura que, como Las Salas, no aparecen estos días ni en los periódicos de convicción, ni en las revistas del corazón, ni en los marcianos de la televisión, pero que, como dijera Unamuno, son la esencia misma de España, su intrahistoria. Y descubrimos de nuevo esos gigantes que nos asustan aunque a primera vista parezcan estáticos molinos de viento cuyos brazos poderosos e inevitables llegan a todas partes y acaban siempre por triturarnos en polvorienta harina que sirva de gordo alimento a su insaciable hambre. Los vimos en Consuegra, en Campo de Criptana y en Mota de Cuervo, agazapados, como solapadamente distinguió Cervantes, cual si realmente de plácidos molinos se tratase. Pero al llegar al Museo de El Toboso, nos dimos cuenta que habían desplazado no ya a Don Quijote, a Sancho y hasta a Dulcinea, sino hasta al mismísimo Cervantes, ya que en las ediciones allí expuestas lo importante eran los nombres de una caterva de actores de las Holywood española o americana, de los componentes del pelotazo del PP, del PSOE o del PNV, o de los apóstoles clericales y laicos de globalizaciones y construcciones que nos roban nuestras tierras para hacer jardines y parques, y luego nos las explotan y nos las revenden con el mayor de los beneficios (para ellos, claro). Y entre tales nombres por supuesto que figuraba la firma de los inevitables y poderosos, como Hitler, Franco, Aznar, Reagan,... y estoy seguro que pronto veremos en el Toboso la firma de Bush si decide por fin hacerse históricamente famoso atacando a Irak, y si es que, por fin, consigue además hacer lo más difícil para él, es decir, aprender a leer, a escribir, incluso a firmar, porque en cuanto a lo de pensar y sentir nos ha mostrado ya que está fuera de su alcance.

Para tratar de olvidar esta humana condición nuestra de los hititas a Roma, de la omnisciente Inquisición de ayer al omnipresente fundamentalismo de hoy, hicimos lo que vosotros en San Martín: comer, beber y mirar pa otro lao. Las migas de la Venta de Don Quijote discípulas de las de Mele parecían; ajoarriero, queso y pisto manchegos de las Casas Colgadas nos supieron a puro chocolate de la subsodicha cueva; los vinos manchegos se nos ofrecieron tan sin mancha como salaos serían los saleros; y el paseo por la Ciudad Encantada con sus caprichosas imágenes muertas de gigantescos, fríos y pétreos hongos, animales y amantes, remedos son del prao mío del setal de sabrosas setas, de la mi Rebeca gigantesca en el recuerdo (murió entelada a pesar que le dimos el zócalo), de la nuestra virgina de Roblo que fruta cálida es de un peral vivo y misterioso. Completamos esta huída de la cruel y triste realidad, que los medios de comunicación difunden y apoyan, con la contemplación y estudio del Museo de Arte Abstracto Español de Cuenca, bajo cuyas pinturas se escondían los mismos monstruos de esta realidad

destartalada y mustia de nuestros días desgarrados que sólo abstracciones y metáforas pueden denunciar sin peligro de dilapidación, tortura u olvido.

Ya habréis colegido que además de sufrir el bombardeo de festivales, periódicos y noticieros, me he tragado de un tirón las noticias del Webero y las fotos del último mes del Escubiello, a las que fielmente remito al lector, no ya sólo por obtener de ellas seguro provecho de desentoxicación sino por si alguien quisiera leer este tostón mío no sólo para comprenderlo sino para no atragantarse más de lo que yo por mi parte intento.

Ya para terminar, no quisiera despedirme sin volver circularmente al comienzo, refiriéndome como al empezar a las truchas que en el Escubiello de antaño y de hogaño pescamos. Me refiero, por supuesto, a la foto que mi sobrina Ana titula "excursión", cuyo título y contenido cortésmente aclaro e incluso desmiento. Si la foto observáis, conmigo constataréis que su centro (y su tema) no es "excursión" sino "truchada," que los cánones obligaban a ensartar en vilortas de salguera que en piña y bajo bañador ha de ir camuflada en lugar de aparecer en el medio de la foto. En cuanto al autor de tal pescarata, como de otras muchas, valga apuntar que unos tienen la fama y otros cardan la lana. Pero, por lo que quedó plasmado en aquella foto o en este escrito, sólo una de las personas se ve recién salida de chapuzar en el Escubiello, entonces como ahora. Los demás, están ahí, como Jesulín o la Pantoja, bien peinaditos "para la foto". Dejadme que identifique finalmente a los componentes, siempre de izquierda a derecha: en primera fila, Carlos Miguel, Luis Tomás, Santi Vargas, Michael, Santi Diez, Blanquita, Carlos Toledo y Marta V. En segunda, Josefina, Conchita con Susana en brazos, Edward y tío Santy (el único despeinado por los chapuzos) con Ferdi Díez en brazos. Tengo la duda de si Josefina no es Beni. Sí, Beni es. Y, por las trazas, no me extrañaría que también despeinada hubiera estado minutos antes de la foto. Y para la tranquilidad psicológica de mi sobrina Ana, aclaro que nadie le usurpó los brazos de su madre, pues o Ana se halla escondida cual toljilla bajo piedra o vientre, o hacía tan poco que había salido a la corriente que no podía estar ni de excursión ni de pesca. No es de extrañar que después de tantos y tantos años le sea a Ana difícil saber qué es qué y quién es quién, pues los años pesan (a unos más que a otros como mi memoria y la de Ana muestran). Y con el tiempo, como DanielTT bien dice, todos somos más o menos de la misma quinta, sin menospreciar con ello, claro está, a quienes obviamente se conservan mejor memorística e intelectualmente, y que incluso, como puede hacerse evidente, muestran menos decaimiento físico en la fuerte agilidad y juvenil destreza que la captura de tal truchona exige.

¡Venga! ¡Hasta luegooo! ¡Y que viva San Martín!

Santy TC (12/11/2002)